

sobre los inmediatos plantíos de maíz y de caña, donde la agitación simula entonces crujir de sedas, jadeos de angustia, ruido de chubasco, sollozos y restallidos, roce metálico de aceros que se esgrimen.

He oído en un bello sitio agreste las voces de los aires, y las he comparado con los sonos de los demás elementos físicos. La canción del agua es a veces monótona. El estridor de un incendio es bronco. La descarga eléctrica es un paroxismo de cólera que hace retemblar la inmensidad. Las modulaciones aéreas pueden algo participar de esos acentos, pero varían según las masas de verdura en las cuales repercuten los desequilibrios de la atmósfera. No sin razón una de las palabras clásicas para designar el viento es el sinónimo latino de alma: el espíritu o sopro de vida, ente invisible que dotado de sutileza contrasta con la inercia corpórea y se torna misterioso aunque nunca deja de ser activo. Por esto me gozo en volver a escuchar durante los veranos del trópico la salvaje sinfonía que ensaya la arboleda combatida por el vendaval. Ahí no faltan los trozos en andante, los temas de minueto y rondó vivo. A ratos se creería que un genio mitológico, émulo de Meyerbeer, de Haydn y del mismo Eolo, impone silencio a las hamadriadas mientras desata el tropel de las furias o más bien de los agentes naturales que David llama *spiritus procellarum*, moviéndoles a prorrumpir en tempestad de solemnes y graves clamores, cuyas inflexiones van medidas por la aspereza o suavidad de las frondas que ora resisten al embate, ora se doblegan.

Allá en la altura sobresale un gajo seco, marcando con sus vaivenes el compás de la rústica sonata. Poco a poco los árboles se apaciguan, y en la extremidad de aquel vástago apenas se distingue una hojilla trémula que a impulsos de nueva brisa súbita, por fin se desprende y escapa hacia el refugio más ignoto del oquedal, donde los últimos acordes del himno entonado por la tierra al Creador, expiran en la placidez suprema de la tarde.

UN COMPENDIO DE SABIDURIA POLITICA

RECIENTE LIBRO DE JACQUES MARITAIN

Un nuevo libro de Jacques Maritain sobre política en los escaparates de una librería; *Principios de una Política Humanista*, atrajo de repente mi atención. El prestigio del autor, el título sugestivo, no me permitían pasar de largo. Sin embargo, el libro reposó por algún tiempo sobre mi mesa de trabajo, porque, después de *Humanismo Integral*, *Del régimen temporal y de la libertad*, *Carta sobre la independencia*, *Cuestiones de Conciencia*, ¿qué más puede decir Maritain sobre su pensamiento político? Con cierta displicencia, lo confieso, abrí por fin el hermoso volumen de *Editions de la Maison de France*, de Nueva York. Lleva una dedicatoria al Abate Carlos Journet, el ilustre filósofo suizo, y una nota preliminar, en la que se dice que los diversos capítulos que componen la obra salieron antes como artículos en diversas revistas francesas y americanas. Enterado de estos preliminares, entro en materia.

La lectura comenzada con escaso interés va haciéndose por momentos apasionante. La fluidez del estilo, la profundidad del pensamiento, la seguridad de la doctrina, la agudeza de los conceptos, va cautivando la atención. Y a medida que la lectura avanza, el interés se convierte en asombro, el libro en un torrente de luz que invade el espíritu, lo cautiva y se derrama sobre la voluntad, produciendo en ella ese apaciguamiento, ese deleite de que habla San Agustín y que sólo puede producir el contacto del alma con las verdades eternas, con la luz que viene de Dios.

Debo confesar ingenuamente que hacía mucho tiempo que

no sentía el *gaudium de veritate* con la intensidad con que me lo ha hecho sentir esta obra de Maritain. Porque no se trata de una obra de política práctica, en el sentido vulgar que damos a este término, ni tampoco de una obra de filosofía política en el sentido escolástico. *Principios de una política humanista* es obra de sabiduría política, en cuanto sabiduría significa “el conocimiento de las cosas en sus causas supremas”, y en cuanto la sabiduría es, según palabras de Santo Tomás, el conocimiento de las reglas divinas, que nos permite ordenar de acuerdo con ellas todas las cosas.

No entra aquí Maritain a estudiar problemas de partido político, ni siquiera programas prácticos de organización y administración; se trata sólo de los principios supremos que han de regular una política humanista, es decir, que se funde en un *mínimum* de garantías aceptables para todos los hombres, cristianos o no. Ese *mínimum*, los católicos, más que nadie están obligados a defenderlo, para que no se dé el caso de católicos que propugnan en sus programas instituciones que violan en alguna manera la dignidad humana, aunque por otra parte defiendan los derechos de la Iglesia y la enseñanza religiosa.

El mundo actual ha enfrentado dos sistemas de gobierno: el totalitarismo, que precinde del derecho de las personas para garantizar el de la raza o el del estado, y la democracia que aspira a salvaguardar ante todo los derechos de las personas; la diferencia fundamental está en esto; todo lo demás, lo que se refiere a formas de gobierno, a sistemas de organización, es secundario y puramente accidental. Desgraciadamente la organización actual de las democracias está impregnada de la ideología de Rousseau, lo cual no quiere decir que los principios democráticos sean en sí mismos malos, sino que deben ser purificados de esa funesta influencia. La idea de un gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, según la fórmula de Lincoln, es eminentemente cristiana. A esa democracia auténtica, dice el autor, puede aplicarse lo que decía Lord Acton de los whigs: “El primer whig no fue el diablo, fue Santo Tomás de Aquino” (pág. 49).

No solamente la democracia es cristiana sino que no puede existir fuera del cristianismo. “José de Maistre ha escrito: el hombre, abandonado a sí mismo se rebaja tanto, que ese hace demasiado malo para ser libre... El universo, hasta la época del cristianismo, estuvo siempre lleno de esclavos, y jamás los sabios reprobaban esa costumbre... El gobierno solo no puede gobernar. Tiene necesidad o de la esclavitud que disminuye el número de voluntades activas en el estado, o de la fuerza divina que, por una especie de injerto espiritual, destruye la aspereza natural de esas voluntades y las pone en capacidad de obrar juntas sin hacerse daño” (pág. 60).

Pero la democracia, para serlo de verdad, ha de ser orgánica, *pluralista*, para usar de un término caro a Maritain, y sólo así podrá evitarse el abuso de la autoridad y garantizarse la libertad de las personas. Las funciones sociales deberán distribuirse “según los grados ascendentes de los diversos cuerpos sociales de rango inferior a la comunidad política, reunidos en ésta a partir de la comunidad natural que sirve de base (sociedad familiar), reduciéndose el papel del estado en este campo a un papel de arbitraje, que evite que la tensión animadora así creada sea causa de conflicto y desorden” (pág. 74).

Ahora bien: ¿los principios en que se funda la democracia, el célebre lema “Libertad, Igualdad, Fraternidad”, proclamado por la revolución francesa es aceptable para el cristiano? Sin duda alguna, a condición de que se lo entienda bien, es decir, si se prescindie de su interpretación rousoniana. La libertad es uno de los atributos de la persona, uno de los que le confieren mayor dignidad, haciéndola semejante a Dios, y dándole la responsabilidad de su propio destino. Pero no siendo el hombre un ser puramente espiritual, existiendo en él la ley animal del instinto y de los mecanismos psico-fisiológicos, no se puede decir que el hombre nazca plenamente libre; es necesario que conquiste su libertad, gracias a la lucha y al esfuerzo, y el Estado debe garantizarle ese derecho y darle los medios para ejercerlo. “El hombre no nace libre sino en las potencias radicales de su ser; se hace libre, haciéndose a sí mismo la guerra

y gracias a muchos dolores; por el esfuerzo del espíritu y de la virtud, ejerciendo su libertad, conquista su libertad, para que al fin ella le sea dada, mejor aún de lo que la esperaba. Desde el principio hasta el fin, es la verdad la que lo hace libre" (pág. 26).

La igualdad humana es largamente analizada en el capítulo III, donde, después de descartar las falsas concepciones de la igualdad —el igualitarismo— expone la noción de la igualdad cristiana. Hay una concepción de desigualdad radical, que divide a los hombres en razas, clases o naciones irreductibles entre sí, y ésta es la idea pagana sostenida hoy por el estado totalitario. Hay un igualitarismo pseudo-cristiano, fundado en la filosofía platónica y popularizado por Rousseau que "minimiza hasta donde puede las desigualdades naturales pensando que resultan ante todo de desnivelaciones artificiales de la vida social, o que no existen sino como puro accidente y como hecho empírico sin valor para la inteligencia, y que la inteligencia no puede concluir nada de ellas" (pág. 107).

Pero hay también una noción cristiana de la igualdad, de la que dice Nuestro Señor en el Evangelio: "Todos vosotros sois hermanos", y ésta debe tenerla en cuenta una organización social humana y cristiana. "La unidad del género humano es la base del cristianismo. Pío XII la ha proclamado desde lo alto de la cátedra suprema cuando denunció, como el primero de los perniciosos errores hoy ampliamente extendidos, 'el olvido de esa ley de solidaridad humana y de caridad dictada e impuesta tanto por la comunidad de origen y por la igualdad de la naturaleza racional en todos los hombres, cualquiera que sea el pueblo a que pertenezcan, como por el sacrificio de la redención ofrecido por Jesucristo'... El término *unidad del género humano* es el nombre cristiano y el más verdadero de la igualdad de naturaleza entre los hombres" (págs. 117-118). Pero esta igualdad no excluye las diferencias individuales, por el contrario, las supone y cuenta con ellas. "Afirmar la igualdad de naturaleza es para el idealismo igualitario querer que toda desigualdad entre los hombres desaparezca. Afirmar la igual-

dad de naturaleza entre los hombres es para el realismo cristiano querer que se desarrollen las desigualdades fecundas por las que la multitud de los individuos participa en el común tesoro de la humanidad. El idealismo igualitario descifra la palabra igualdad superficialmente, el realismo cristiano la descifra en toda su profundidad. No solamente hay que representarse la igualdad como algo de fundamental sobre lo cual se eleva la multitud de las diversidades, sino que la igualdad misma es una profundidad vital intensiva y cualitativa" (páginas 119-120).

La fraternidad no es un ideal revolucionario o masónico: es la última perfección del ideal cristiano. Para el mismo Aristóteles, es decir, para la razón pura en cuanto pudo alcanzar una visión real de naturaleza humana, la amistad cívica o caridad, natural constituía el fin de la sociedad, hasta tal punto que la misma justicia debería ceder delante de ella; para el Evangelio "amar al prójimo como a sí mismo" es la perfección, hasta tal punto que el mismo amor de Dios no se manifiesta sino en el amor al prójimo. La política humanista, el estado que aspire a servir al hombre en cuanto tal, debe hacer posible y favorecer esa *amistad cívica*, esa tranquila convivencia de los hombres, con todas sus diferencias individuales, pero unidos todos en el amor del bien común. Pero el Estado por sí mismo, con sus recursos puramente humanos, no podrá crear esa amistad: será la *acción católica*, el esfuerzo de los cristianos, bajo la dirección de sus pastores, por infundir en la sociedad el espíritu del Evangelio, el único medio para lograr este fin. La amistad cívica "no es un don de la naturaleza, sino una conquista heroica de la razón y de la libertad" (pág. 133), y para que se desarrolle entre los hombres, "en este orden temporal que es el lugar propio de los conflictos, de las debilidades y de los pecados del mundo, es necesario que la savia del Evangelio, el sentido de la igualdad sobrenatural de los llamados a la vida divina, el sentido de la caridad faterna penetren este orden temporal para vivificarlo y elevarlo" (íbid.).

El capítulo IV titulado "¿Quién es mi prójimo?" trata del

punto delicado en extremo y que se presta a herir susceptibilidades, de la caridad y el respeto a las personas en cuanto tales, prescindiendo de toda consideración de raza y sobre todo de religión. ¿Es verdad que el Evangelio no dice: amar a las ideas como a sí mismo, sino amar al prójimo como a sí mismo? Y entonces, ¿por qué las luchas ideológicas nos llevan con tanta frecuencia a la lucha contra el hombre mismo, a excluir de nuestro amor, o al menos de nuestra benevolencia a los que profesan ideas contrarias a las nuestras? “Si en vez de ser hombres fuéramos sistemas de ideas puras, nuestra ley sería devorarnos los unos a los otros... Pero como precisamente somos hombres, cada uno de los cuales encierra el misterio ontológico de la personalidad y de la libertad, y en cada uno de los cuales el abismo de la Santidad de lo Supremo está presente con su presencia individual, y quiere habitarlo como templo, por modo de don” (pág. 141), no hay por qué escandalizarse si se afirma que la ley del amor, natural para el simple hombre, sobrenatural para el cristiano, es la ley primera de la vida civil.

Pero el mundo moderno presenta un fenómeno curioso y lamentable: se predica el odio como ley fundamental, y aun se ha llegado a hablar de un odio sagrado y de un odio cristiano, y se mira el amor como cosa de almas inferiores, de espíritus débiles. “Hay personas, dice Maritain, que no gustan de esta palabra amor; esta palabra las fastidia, porque ha sido mal usada y se la encuentra también en labios podridos o en corazones que se adoran a sí mismos: pero Dios no es de este puritanismo; el apóstol San Juan nos dice que Dios es el Amor subsistente” (pág. 148).

Arviértase, sí, que ese amor a los hombres de otras ideas y de otra religión no puede fundarse sobre el sacrificio de la verdad, y sobre todo, no puede fundarse en el sacrificio de un ápice del dogma cristiano. “Tal manera de hablar sería inadmisibile para todos aquellos para quienes la palabra de Dios es tan absoluta como su unidad y su trascendencia. Yo sé muy bien que si perdieran mi fe sobre el menor artículo de fe, per-

dería mi alma. Un mutuo amor que se comprara a precio de la fe, que pretendiera establecerse sobre el sincretismo o el eclecticismo... que redujera la fe a una simple herencia histórica o la relativizara bajo un sello de agnosticismo, un tal amor para quien cree haber oído la palabra de Dios, equivaldría a poner al hombre por encima de Dios” (págs. 149-150).

“La verdadera amistad de caridad se dirige a Dios ante todo, y a los hombres porque cuanto más son amados en Dios y por Dios más son amados en sí mismos” (íbid.); ella busca el bien de cada uno, desinteresadamente, y no distingue entre nuestros compatriotas, correligionarios o copartidarios y los demás. Claro está que entre creyentes de diversas religiones, en especial entre un católico y uno que no lo es, la amistad va acompañada de una cierta reserva, de una cierta “compunción”; pero “habría que desconfiar de una amistad entre creyentes de la misma denominación que fuera fácil y confortable, porque la caridad se reserva a los correligionarios; de un universalismo que limite el amor a los solos hermanos en la fe, de un proselitismo que no amara a los otros sino para convertirlos y en la medida en que son convertibles, de un cristianismo que fuera el cristianismo de los *buenos contra los malos*, y que confundiera la caridad con lo que un autor espiritual del siglo XVII llamaba un orden de policía” (pág. 151).

Hoy más que nunca, dada la dificultad de estas realizaciones, se impone al cristiano la caridad, pero ésta no puede existir sin la humildad basada en la conciencia de la dificultad de nuestra misión, del peso abrumador de la carga de la verdad divina que llevamos sobre nuestros hombros. “Yo sé que hay hombres —y es talvez para compensar lo escaso de su fe práctica— que desprecian a los otros y no cesan de repetir: nosotros los creyentes, nosotros los *bien pensantes*, nosotros los cristianos, nosotros los católicos, y aun a veces, los católicos de nacimiento, como si no hubieran nacido en pecado, como todo el mundo. Y no piensan que al ofrecer así su orgullo como testigo de la religión, provocan a las gentes que los miran a blasfemar del Señor” (págs. 146-147).

En el capítulo V, "El fin del maquiavelismo", propone un problema de la mayor actualidad. El maquiavelismo ha reinado como única filosofía política desde el siglo XVI, aun entre los gobernantes católicos, produciendo en la conciencia moderna "una escisión profunda, una irremediable separación entre la política y la moral, y por consiguiente una ilusoria pero mortal antinomia entre lo que se llama *el idealismo* (que se confunde erróneamente con la moral) y lo que se llama *el realismo* (confundido erróneamente con la política)" (pág. 179). Que el maquiavelismo haya predominado en el mundo moderno, aparece claro de la definición que de esta doctrina da Maritain: "Para Machiavelo el fin de la política es la conquista y conservación del poder, el decir, la ejecución de una obra de arte. Pero conforme a la naturaleza de las cosas, el fin de la política es el bien común de un pueblo unido, es decir, algo esencial y concretamente humano, y por lo tanto ético" (pág. 188). Esta lucha por el poder, por encima de toda otra consideración, es lo que ha caracterizado la lucha política de los últimos siglos, pero de una manera especial, la política de partidos en los cien años que acaban de transcurrir. Partidos que se han llamado católicos, y que de hecho estaban integrados por católicos convencidos y que trataban de conquistar el favor de las autoridades eclesiásticas, cometieron en el mundo entero inmensos errores, y son responsables de inmoralidades sin cuento, que a la postre determinaron su completa liquidación en todos los países.

El pecado original de la democracia roussoniana es el maquiavelismo, pero él es también un principio de destrucción. Merecen meditarse, por los que se preocupan de la política activa, las palabras con que Maritain termina su obra:

"En su introducción a Machiavelo, M. Max Lerner insiste en el dilema ante el cual están hoy colocadas las democracias. Este dilema me parece perfectamente claro: o perecer continuando en aceptar más o menos voluntariamente el principio del maquiavelismo, o regenerarse, rechazando consciente y resueltamente este principio. Porque lo que llamamos democra-

cia o república de hombres libres, es por definición un régimen político fundado enteramente sobre la ley y el derecho. Tal régimen es por esencia opuesto al maquiavelismo e incompatible con él. El totalitarismo vive del maquiavelismo, la libertad muere con él. El único maquiavelismo compatible con la democracia es el maquiavelismo atenuado y débil. Pero en frente al maquiavelismo absoluto, o bien los estados democráticos herederos del antiguo régimen y de su vieja política maquiavélica continúan usando de un maquiavelismo débil, y entonces serán destruidos por sus enemigos exteriores; o bien se decidirán a recurrir al maquiavelismo absoluto, que no es posible sino con la regla totalitaria y el espíritu totalitario, y entonces se destruirán a sí mismos. No sobrevivirán y no dominarán sino a condición de romper con el maquiavelismo bajo cualquier forma que se presente.

"El fin del maquiavelismo es en fin, el de la revolución moral a la cual, en la profundidad de la historia humana, en medio de guerras salvajes que hay que adelantar con inflexible determinación, están hoy llamados los hombres libres" (página 232).

*
* *

Decía al principio de este somero análisis de un libro de doscientas treinta y dos páginas nutridas de pensamiento y de substancia, que se trata de una obra de "sabiduría política", que da los más altos principios en que debe fundarse la organización y el gobierno de las sociedades. Para terminar pregunto a mis lectores: ¿No es cierto que si nuestras sociedades democráticas tuvieran en cuenta estos principios, serían más fuertes, más resistentes a sus enemigos exteriores, y sobre todo más inmunes a los fermentos de corrupción interna que hoy las amenazan? Ojalá que los que se ocupan de la política, especialmente los jóvenes que aspiran a ocupar un puesto entre los dirigentes de nuestro país, en vez de seguir obscuras ideologías que se ocultan bajo ciertos nombres sonoros y que por

fuerza de una pasión hereditaria arrastran casi irresistiblemente, pero también, casi irracionalmente, a los hombres, tuvieran el valor de meditar en estos grandes principios y aspiraran a adquirir la sabiduría, antes de entrar a dirigir a las multitudes. Y armados con esa arma invencible, se resolvieran al fin a "ordenar convenientemente las cosas según las razones divinas" (Santo Tomás, S. Th. II, XLV, I. c.).

CARLOS JOSE ROMERO, Pbro.
Catedrático de Etica en este Colegio Mayor.

BANCO COMERCIAL ANTIOQUEÑO

CASA MATRIZ Medellín—Colombia

SUCURSALES EN: Aremnia
Barranquilla
Bogotá
Bucaramanga
Cali
Cartagena
Cúcuta
Girardot
Magangué
Montería
Pereira
AGENCIAS EN: Buenaventura
Puerto Berrío

LA VERDADERA Y LA FALSA DEIFICACION DEL HOMBRE

Un magistral capítulo de Jacques Maritain.
De Principios de una Política Humanista.

Traducido por CARLOS JOSE ROMERO, Pbro.

Hay en el orden político y social una verdadera y una falsa emancipación. En el orden espiritual hay una verdadera y una falsa deificación del hombre. Este es un problema de importancia vital —el problema fundamental y absolutamente primero— propuesto por ese instinto natural que impulsa al hombre a la conquista de la libertad.

He dicho al principio de este ensayo que hay en nosotros, por el hecho de participar en la perfección trascendental designada por la palabra personalidad, aspiraciones transnaturales cuya satisfacción no nos es debida en justicia, pero que nos atormentan sin embargo y que tienden a una libertad sobrehumana, a la libertad pura y simple, más todavía, a una libertad divina. De estas aspiraciones a lo sobrehumano, de estos deseos de alcanzar los confines de la divinidad, dan testimonio los sabios de todos los tiempos.

Y los grandes errores espirituales también dan testimonio de su existencia. Ellos buscan la deificación del hombre pero por las fuerzas propias del hombre mismo y por el solo desarrollo de sus potencias naturales. Con frecuencia esas tendencias toman una forma panteísta, como aparece en las corrientes gnósticas de otros tiempos, en las grandes metafísicas monistas, en las místicas quietistas. Pero estaba reserva-